

ESTORNUDOS

(Mercedes Sáenz Blasco)

El primer estornudo les puso en guardia; nadie concebía que un sonido humano pudiera sobrepasar al chirriante traqueteo de las máquinas. Imposible dar crédito al vendaval de virus y arenilla que acababa de salir por la boca de su compañera. Con todo, siguieron trabajando como si tal cosa, igual que llevaban haciendo los últimos treinta años por mucho que les doliera la cabeza, los tímpanos o las articulaciones.

El segundo estornudo fue todavía más abrupto y remolineó como una tormenta de arena hacia el rincón de los retales olvidados. Tras él, como si de repente se les hubieran llenado los ojos de arena, todos los operarios se contagiaron de un contumaz lagrimeo. Gotas saladas discurrían a borbotones por sus descoloridas mejillas y resbalaban dibujando filigranas brillantes por sus trajes de faena. Nadie osó, sin embargo, distraerse a observar su recorrido. Y por eso nadie se percató de que, lágrima a lágrima, el gris cemento del suelo se iba perlando de charcos salados.

El tercer y cuarto estornudos llegaron al unísono e impactaron sin piedad contra los cilindros de cartón que aguardaban junto a la trituradora. Nadie los necesitaba ya. Y por eso nadie fue testigo de cómo la inclemente lluvia roturó sus troncos inanimados abriendo en ellos pequeños surcos de los que – al principio como minúsculos botones, después cual enmarañadas madejas – brotaron silenciosas ramas ocres.

El quinto estornudo se estrelló contra la pared del fondo arrancando de cuajo la rejilla del extractor. Una bocanada de aire fresco zigzagueó por los grasientos conductos salpicando la estancia con los aromas y sonidos de la noche. Nadie advirtió, sin embargo, es destello fugaz de una estrella que, fuera ya de su órbita, fue dando tumbos entre las estanterías y desordenando ovillos, paños, tintes, brocados y puntillas.

Con el sexto estornudo perdieron la cuenta. Y a partir de entonces un alocado festival de lágrimas y arena continuó transfigurando cada rincón de aquel taller sin ventanas hasta

el amanecer. Pese a todo, ningún rostro tuvo la audacia de levantarse para gozar del singular panorama que la noche iba esculpiendo para ellos. Fue ya de madrugada, con la llegada del gerente y su desalmado grito, cuando salieron del letargo.

Aunque para entonces ya nadie recordaba en qué playa se guardaban los diseños de la nueva temporada, ni bajo qué palmera se almacenaban las telas, bovinas e hilos, ni por qué extraño maleficio sus delantales antes descoloridos lucían ahora tiznados de mandalas multicolores. ¡Y mucho menos supieron distinguir si los vasos que coronaban la barra del chiringuito “El telar” contenían zumos o pigmentos naturales!

Con el desmayo del gerente fue imperativa una ambulancia. Y en ella llegó un diagnóstico irrefutable: “Señor mío, sus trabajadores necesitan unas vacaciones”.